LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 27 DE ENERO DE 1890 — NÚM. 422

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS GRABADOS

¡EJECUTADO! cuadro de Rodolfo de Ottenfeld

(Exposición Internacional de Munich, 1888)

«Todo traidor á la patria ó al soberano será decapitado; sus sesos serán esparcidos, su cadáver no será enterrado sino abandonado al aire libre y su familia será considerada como familia de un maldito.»

Inspirándose en esta antigua ley montenegrina, ha pintado Ottenfeld el cuadro lleno de fuerza dramática y de notables condiciones estéticas que reproducimos y que fué muy admirado en la Exposición internacional de Munich de 1888 y en la que en el propio año se celebró en Viena con motivo del cuadragésimo aniversario del entronizamiento del emperador Francisco José I.

¡AL FIN! Acuarela de Juan Muzzioli

Muzzioli, autor del cuadro *Los funerales de Británico* que publicamos en el número 404 de esta ILUSTRACIÓN, descansa de cuando en cuando de los grandiosos trabajos de asunto histórico que son su especialidad, para trazar alguna página de la vida contemporanea.

¡Al fin! Esta exclamación unida á la alegría pintada en el semblante y á la sonrisa de felicidad que anima los labios de la hermosa joven indica que se trata de un lance amoroso terminado á entera satisfacción de ésta, y bien podría traducirse por cualquiera de estas otras: ¡He vencido! ¡Es mío!

La figura llena de vida está dibujada con tanta soltura como elegancia, pero indudablemente las cualidades que en la acuarela sobresalen son la naturalidad en los menores detalles y la expresión que en el rostro y aun en la postura toda se refleja.



¡EJECUTADO! cuadro de Rodolfo de Ottenfeld

MIGUEL ANGEL
JUNTO AL CADÁVER DE VICTORIA COLONNA
cuadro de Francisco Jacovacci

Victoria Colonna, hija del general Fabricio Colonna, gran condestable de Nápoles, casó á los diez y siete años con D. Fernando de Avalos, marqués de Pescara, general de Carlos V, entre cuyas innumerables victorias merece lugar preferente la famosa de Pavía en que cayó prisionero Francisco I de Francia. Al morir su esposo (1525) marchó á Roma con propósito de hacerse monja, pero hubo de desistir de su intento ante la oposición del Papa Clemente VII. Al poco tiempo conoció á Miguel Angel que á la sazón contaba sesenta años y que se enamoró perdidamente de ella sin lograr ver su amor correspondido, como lo demuestran las sentidas lamentaciones que en sus sonetos vertió aquel genio colosal, pintor, escultor y poeta. En 1547 falleció Victoria Colonna teniendo junto á su lecho al anciano artista á quien se atribuyen las siguientes palabras alusivas á aquel terrible trance: «Me arrepiento de no haberle besado más que la mano, sin que mis labios se posaran en sus mejillas ni siquiera en su frente.»

Jacovacci, inspirándose en esa frase, ha pintado un cuadro que bien puede calificarse de obra maestra: el afilado rostro de Victoria, la dolorida expresión de Miguel Angel que mientras besa á la que fué objeto de su pasión respetuosa, se lleva la mano al pecho cual si quisiera contener los violentos latidos de su corazón, la figura del amigo que en vano intenta arrancarle de aquel tormento, los personajes secundarios que en el lienzo figuran y entre los cuales sobresale la dama que suspende sus rezos ante el conmovedor espectáculo de que es testigo, la tela del traje que viste el cadáver, las luces, las ramas de laurel son otras tantas bellezas de primer orden realzadas por un sentimiento de tristeza que flota en toda la obra y que sólo un alma que sienta mucho es capaz de imprimir en una pintura.

EL TIRADOR DE CUCHILLOS
cuadro de A. Lonza

Tomando pretexto del conocido juego de los cuchillos que ejecutan los juglares japoneses, pintó A. Lonza un cuadro que fué muy admirado en la Exposición Internacional de Munich de 1888.

Un público compuesto de damas y caballeros vestidos á la usanza de fines del pasado siglo se ha congregado en un frondoso jardín y al pie de una gran escalinata para presenciar el peligroso ejercicio. Las figuras del tirador y del que le sirve de blanco estudiadas cuidadosamente y con exactitud reproducidas, el marcado contraste entre los orientales y una sociedad selecta del mundo occidental, la agrupación hábil y animada de los espectadores, la expresión de indiferencia en unos y de angustia en otros, la riqueza de colores y de formas y la magnificencia del lugar de la escena dan al cuadro una virtualidad que nos obliga á mirar con admiración y con respeto las relevantes cualidades de su autor.

EN EL PATIO DE LA ALHAMBRA
cuadro de Antonio Fabrés

Fabrés no puede ser considerado como especialista puesto que á muchos géneros se dedica y en todos produce verdaderas maravillas. Pero sea que su ardiente imaginación se avenga mejor con ellos, sea que sus excepcionales aptitudes como colorista hallen en ellos más ancho espacio para producir toques brillantes, matices atrevidos y tintas de espléndida pureza, es lo cierto que en asuntos orientales pocos pintores le aventajan. Para pintar las figuras de los hijos de Oriente combina en su paleta unos colores bronceados que con la realidad se confunden, para dar fuego á sus ojos sabe grabar en las negras y relucientes pupilas chispas que parecen encendidas por el soplo vital, para imprimir carácter á los personajes les infunde por arte mágica toda la languidez y toda la indolencia del pueblo cuya enseña es el funesto «estaba escrito;» en los ropajes y tapices hace verdadero derroche de fantasía; la arquitectura árabe le es familiar y al reproducir sus azulejos y sus primorosas filigranas su pincel se convierte en finísima pluma de acero.

Buena prueba de cuanto decimos es el cuadro *En el patio de la Alhambra* que nos transporta al soberbio alcázar granadino y nos ofrece una escena típica de la época en que la civilización árabe derramó á manos llenas sobre nuestra patria portentosas bellezas hoy estimadas como preciadísimas joyas y veneradas reliquias de nuestro suelo.

KADRA SAFA, cuadro de Federico Stahl

El cuadro de Stahl está tomado de un episodio de la historia de los drusos, de ese pueblo extraño en cuyas creencias se mezclan las prácticas islámicas con las cristianas y con las idolátricas y que refugiado en la vertiente occidental del Líbano y en el Anti Líbano vive bajo un régimen verdaderamente republicano, bien que pagando un tributo á la Puerta Otomana. Como obra de arte bien merece esta pintura el calificativo de composición inspirada y en cuanto á las bellezas de ejecución no son pocas las que se descubren á primera vista en las figuras de la terraza, en el estrellado firmamento, en la ciudad que se alza en el fondo destacando sus cúpulas y sus torres sobre el oscuro cielo y en el trozo de paisaje que se pierde en el horizonte.

LA EMPERATRIZ TERESA DEL BRASIL

De todos los golpes recientemente sufridos por el emperador del Brasil el más rudo ha sido indudablemente la muerte de su querida y virtuosa compañera que durante cuarenta y seis años compartió con él el trono brasileño y que ahora se aprestaba á endulzarle las amarguras del destierro.

La emperatriz Teresa Cristina María, hija del ex rey de Nápoles y Sicilia Francisco I, nació en Nápoles en 14 de mayo de 1822; en 1843 casóse con el emperador D. Pedro II del Brasil, que entonces tenía diez y ocho años, naciendo de este matrimonio dos hijos que murieron muy niños y dos hijas, la princesa Isabel casada desde 1864 con el príncipe Gastón de Orleans, conde de Eu, y la princesa Leopoldina que en el mismo año que su hermana contrajo matrimonio con el príncipe Augusto de Sajonia-Coburgo-Kohary y que falleció en 1871.

Era la emperatriz esposa amantísima, madre cariñosa y protectora infatigable de los pobres á quienes socorría largamente, y en sus viajes por Europa en compañía del emperador se había captado generales simpatías por sus bondades y por su sencillez extremada. De cómo se la estimaba y respetaba en su país es elocuente prueba el silencio que los periódicos brasileños guardaron respecto de ella á raíz de la reciente revolución, pues la historia nos enseña que en tales casos los revolucionarios no desperdician pretexto alguno, por leve que sea, para censurar y aun injuriar á sus destronados soberanos.

D.ª Teresa Cristina falleció en Oporto el día 28 de diciembre último víctima de una enfermedad de corazón que desde hacía muchos años venía padeciendo y que se agravó con los sucesos ocurridos en 15 de noviembre en Río Janeiro y con el precipitado embarque para Europa. Su cadáver, después de depositado y expuesto en la iglesia de N. S. da Lapa, fué trasladado á Lisboa y enterrado en la catedral de San Vicente, en el panteón de la familia de Braganza.

Cualquiera que sea el juicio que la posteridad emita sobre el reinado de D. Pedro II y sobre la revolución brasileña, la historia no podrá menos de señalar á la desdichada emperatriz uno de los primeros puestos entre las soberanas virtuosas y verdaderamente amantes de sus súbditos.

BOABDIL EN SU ALJAMA DE CÓRDOBA
(FANTASÍA)

Clara noche hacía en Córdoba y su campiña. La mustia luna emulaba con sus plateados reflejos la deslumbradora lumbre de un día verdaderamente andaluz. Los objetos crecían á sus rayos y se agrandaban desmesuradamente.

Cuando todos los seres en las altas horas de la noche dormían, Boabdil, vencido en Lucena, y prisionero de guerra en Córdoba, se dirigía sigilosamente á la Mezquita de sus predecesores, trasmudada en Catedral de los cristianos, para verla con sus propios ojos y palparla con sus propias manos.

– ¡Oh, Alah! – exclamó el último rey moro de Granada, viendo la mole del templo agrandada por la mezcla de sombras y de luz en aquella espléndida noche. – Prospera los días de tus creyentes y haz que recobren por tu orden soberana cuanto han perdido por intervención del genio malo, resuelto á perseguirnos y á perdernos. Azazil, hermoso ángel, enviado por el Eterno á sembrar, como áureo trigo, los mundos luminosos en los surcos del espacio desierto, durante los primeros días de la creación universal, y que, habiendo querido prestar homenaje al primero de los Profetas, al viejo Adán, cayó en los infiernos, donde pugna todos los días por volver á su pristina pureza, debió sugerirte con su idea y con su soplo el pensamiento, Abderramán, de levantar este grandioso templo, cuya sombra podía redimirlo y salvarle penetrando hasta dentro de las llamas eternas donde se abrasan los diablos y convirtiéndolas en lumbre celestial donde se doran los soles. Tus enemigos, los abasidas, te habían condenado á muerte segura entre los noventa Omeyas, los noventa deudos tuyos, reunidos en banquete de alegría y degollados al filo de voraces alfanjes. Tú solo te salvaste, sólo tú, entre todos los tuyos, atravesando á nado las aguas del Eufrates divino. Quién te hubiera dicho, cuando ibas errante por el desierto infinito sin cimitarra ni caballo, con la leche de camellas y el dátil de las palmas por todo alimento, las aguas del oasis por toda bebida, las copas de los árboles por toda tienda, fugitivo á la cólera de los califas usurpadores y á la rabia de los animales feroces, que habías de levantar sobre moles de granito este laberinto de intercolumnios y arcos y techos, donde las maderas de alerce y cedro y sándalo debían resplandecer embutidas con guirnaldas de marfiles, con ramos de perlas, con estrellas de oro, con iris de mosaicos multicolores, con hermosísimas entalladuras comparables sólo á las puestas por los ángeles en los tronos del Eterno, por las cimas del Paraíso; quién te hubiera dicho esto, de seguro le crees loco y fascinado por terrible alucinación llena de fantaseados embustes. No, no fuisteis, no, Califas de Córdoba, tan grandes por vuestras victorias; no resplandecíais en la Ruzafa, cuando los capitanes os llevaban atraillados los negros del desierto y los blancos del Afranc; cuando Bizancio y sus emperadores griegos, Aquisgrán y sus emperadores latinos expedían á vuestro palacio ricas y numerosas embajadas; cuando, allá en la fortuna próspera, desde las ciudades que se miran como en claro espejo en el Estrecho de Gebel-Tarik, hasta las ciudades que se miran en los ríos francos descendidos del alto Pirineo, os prestaban vasallaje; cuando extendíais vuestro imperio de mar á mar, desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la desembocadura del Ródano, y teníais temblorosos en vuestra presencia á los Estados italianos, y sospechando Roma caer con toda su majestad y toda su grandeza en vuestros harenes; cuando innumerables ejércitos saludaban las enseñas cordobesas é innumerables siervos besaban las huellas de vuestros pies; sino cuando alzasteis aquí esta selva de columnas, donde se guardaba el santo libro de los muslimes, y se oían resonar, á manera de fragosos truenos en los cielos altísimos, las esplendentes suras del Profeta. Ya veo el vestíbulo poblado de limoneros, donde corre, sonora y clara, la fuente de las abluciones; el alhamí en que los fieles depositan sus babuchas para entrar con pies desnudos y lavados en el recinto sacro; la torre altísima y sus esferas de plata y oro, y sus astrolabios de bronce, á los cuales tantos secretos confiaran los astros; las veinte puertas damasquinadas, relucientes, como si abrieran paso al Empíreo; los alicatados, tan ligeros como grecas de aéreos encajes ó como alas de brillantes mariposas; el suelo, por tan prodigiosa manera labrado, que se retratan en su brillante superficie las bóvedas y techumbres al modo que se retratan los horizontes espléndidos en las albercas cristalinas; los millares de columnas arrancadas á todos los edificios del mundo y puestas aquí de hinojos como un coro de sacerdotes encargados de sostener sobre sus cabezas el sacro templo de Alah y su Profeta; los dobles arcos, estos de horizontal herradura, bizantinos aquellos, semejándose con sus pintadas cresterías á chales persas circuídos de caireles y á tiendas esplendorosas de Katay; las dovelas y archivoltas, los tímpanos y entrepaños, de caprichosas hojarascas, en que resplandecen los lotos indios, los acantos griegos, los lirios y los tulipanes árabes; el santuario precedido de ajimeces, que se asemejan á velos de áureas gasas formados por arreboles del sol poniente y nubes encendidas en el ocaso, santuario embutido en leyendas cúficas, rematado por inmensa concha de nácares, llovido de piedras preciosas desparramadas entre follajes de plantas que diríais traídas de otro mundo á la tierra; la maxura ó el sancta sanctorum cubierta de lapislázuli, que recordaba la Zoba, ó sea el árbol maravilloso, cuyas ramas componen el solio de Dios; y por todas partes las innumerables lámparas componiendo como constelaciones en clara noche de Arabia; los pebeteros, despidiendo mirra é incienso; los fieles, vestidos todos de blanco y levantando los brazos á las alturas eternales; los santones repitiendo el nombre de Dios; con todo lo cual se forma y se condensa en los encendidos aires, como en los cielos de Africa y de Asia los lagos fantásticos y las selvas de vapores y de reflejos, una visión, tras la cual aparecen los arcángeles con sus cascos de luz; las huríes con su hermosura incomunicable; los Profetas leyendo en sus libros eternos; y hasta la faz invisible á las criaturas de nuestro divino Criador.

Por un momento Boabdil sólo había visto la mezquita con los ojos de su espíritu, á pesar de tenerla delante. Las maravillosas descripciones, leídas en el seno de su palacio y guardadas en el fondo de su memoria, trasportábanle al tiempo de la muslímica grandeza. Y así como le hacían olvidar su propio infortunio y su largo cautiverio, hacíale olvidar también los cristianos signos puestos por los vencedores, allí, en la capital obra musulmana. Poco á poco la luz material del nuevo día vino á sacarle de su estupor, y á decirle cuánto habían cambiado los tiempos, y cómo el mirab de los suyos estaba reducido á un mero trofeo más de las victorias cristianas. La luz del alba le mostró los sepulcros de los adalides castellanos sobre los pavimentos hollados tantos siglos por las plantas de sus hermanos; el Evangelio puesto en los mismos sitios donde se hallaba colocado antes el Korán; la Cruz entallada entre las leyendas cúficas; los arcos ojivales subiendo gallardos por alturas inaccesibles; las Vírgenes y los Santos reemplazando á las huríes que había él visto en la fascinación de sus recuerdos y de sus ensueños; los vidrios de colores iluminando el santuario de un Dios espiritual y humano, vencedor, no por haber inmolado con cimitarras cortantes á sus enemigos, sepultados en los campos de cien batallas, por haberse ofrecido en holocausto á los demás hombres, pasando por todos nuestros dolores y muriendo de nuestra misma muerte. Boabdil forcejeaba con furor bajo aquella triste realidad, sin querer ni conocerlo, ni menos proclamarlo. Delante de la victoria conseguida por nuestra fe, aun esperaba que aquel Dios suyo, eterno, infinito, omnipotente, predominase algún día sobre un Dios sujeto á las tristezas humanas como el Dios de los Católicos. Acostumbrado á ver el santo de los santos, el fuerte de los fuertes, el sabio de los sabios, circuído por sus legiones angélicas de combatientes y victorioso en cien guerreras empresas, no podía, no, imaginarse que superara y venciese á este león del desierto, el mísero corderillo del Calvario. Pero bien pronto le sacaron de tales cavilaciones las campanas que repicaban á Pascua florida; los sacerdotes que decían y entonaban aleluyas y hosannas innumerables; los versículos del Evangelio que subían sobre la techumbre de la grande Aljama y sobre las agujas de la Catedral gótica para unir el hombre con el cielo é identificar el Verbo creador con la pobre criatura. Boabdil, por fin, reconoció, tras sus grandes alucinaciones, que prisionero él de los reyes castellanos y prisionera su Aljama de la Catedral gótica, no quedaba esperanza ninguna para el Korán. Y calándose la visera y envolviéndose con cuidado en el rebozo de su manto, volvió de nuevo á su triste prisión y á su desapacible cautiverio.

Emilio Castelar.

POR UNAS BOFETADAS

No hace muchas noches ví representarse en el teatro de Jovellanos un juguete cómico-lírico, especie de sainete, en el cual hay un incidente que me regocijó como á casi todo el público. Figura en dicho juguete ó sainete con música, un personaje dominado por la pasión del juego. Cerca de la casa en que se rinde culto á la diosa fortuna existe una botica y en ella un mancebo cuyas narices son el talismán de la suerte del jugador que en la piececilla figura.

El dicho jugador, cuando desea alcanzar los favores de la veleidosa fortuna acércase á la puerta de la farmacia, llama, abre el mancebo el ventanillo, el jugador, agarrando las narices del pobre mancebo, tira de ellas con fuerza, y precipitadamente se dirige hacia la casa de juego que se halla enfrente de la botica.

Cuantas veces el mancebo de botica sufre dolorosos tirones de sus narices, otras tantas ve el jugador llenos de dinero sus bolsillos.

Este incidente, verdaderamente cómico, trajo á mi memoria otros muchos muy parecidos.

Aquel que no haya sentido en su vida la pasión del juego, creerá inverosímiles ciertas preocupaciones; pero el que durante alguna época de su vida haya expuesto algunos duros á un siete ó á un rey ó un número de la ruleta, ó á un encarnado ó negro del treinta ó cuarenta, se explicará perfectamente el azar del personaje del sainete.

He conocido á muchos jugadores que tenían azares semejantes á este. Uno recuerdo que aseguraba que ganaba siempre que llevaba puesto un chaleco amarillo con pintas verdes, chaleco con el cual llamaba la atención por lo charro y lo pasado de moda; mas él cuidábase poco de lo ridículo de su chaleco y decíase: acierte yo cartas y ríase la gente.

Otro tal conocí que sólo ganaba cuando comía oreja de cerdo y jugaba á la oreja, azar en cierto modo razonable.

Para ciertos jugadores hay determinados tipos que les dan *pato*, esto es: mala sombra. Las monedas agujereadas llaman dinero; cortar con la mano izquierda es de buen agüero; pronunciar la palabra *culebra*, indica pérdida segura, si no se vence el maleficio diciendo: lagarto, lagarto, lagarto, al mismo tiempo que con un pie se dan tres golpecitos en el suelo.

Muchas preocupaciones como esta pudiera citar, y si hubiera de mencionar todas las que conozco, este artículo habría de ser más extenso que el Diccionario geográfico de Madoz. Mas no es mi ánimo presentar muestras de lo que llamarían los franceses la *betise humaine;* sino que mi objeto limítase á presentar á mis lectores una sola muestra de dicha *betise* ó necedad humana, que para muestra basta un botón.

Pascualito G. casó con Manolita H. Manolita le llevó en dote al matrimonio una docena de miles de duros. Pascualito poseía una fortuna dos veces y medio mayor que la de su mujer.

No quiero hablar de los preliminares del matrimonio, ni mucho menos de su larga luna de miel para no empalagar á mis lectores.

– ¡Qué felices somos, Pascualito!

– ¡Manolita, qué felices somos!

Una tanda de besos terminaba la conversación.

– ¡Manolita, cuánto te quiero!

– ¡Cuánto te quiero, Pascualito!

Nueva tanda de besos y una larga serie de maldiciones lanzadas por el criado de los recién casados, quien los sorprende en estos mimos al ir á servirles al final del almuerzo un plato de compota, que deja caer sobre los enamorados esposos, endulzando más su felicidad con un par de manzanas muy azucaradas que vienen á dar sobre los cercanos rostros de sus amos, aun más azucarados.

– ¡Cuánto tarda en venir Pascualito! dice él, que arde en deseos de ser papá.

– Y lo que tardará, responde la mamá futura, porque antes ha de venir Manolita.

– No, que será Pascualito.

– Manolita ha de ser.

Y con esta disputa agríase la compota, y ni Manolita viene, ni Pascualito abandona las delicias del cielo para venir á encamarse.

Todo acaba en el mundo, ha dicho un poeta, y la luna de miel ó de arrope manchego de Pascualito y Manolita acabó también, como cosa del mundo que era.

Pascualito, que no encontró armoniosa la voz de Manolita cuando le decía: «Qué felices somos, Pascualito!» y Manolita quizá porque conoció que su voz no sonaba dulcemente, dejó de pensar en su felicidad, ó por lo menos cesó de pregonarla.

Los esperados bebés no vinieron tampoco, y el esposo entonces, si no faltó á la fe jurada, buscó otras diversiones.

Quiso el demonio que cierta noche que llegó á conocer el aburrimiento al lado de su esposa, recordara que durante la vida de soltero había pasado horas felicísimas tirando de la oreja á Jorge.

Y Jorge le llamó y él atendió al llamamiento, y he aquí cómo se perdió la paz del hogar.

Pascualito se levantaba pensando en una martingala infalible, convenciéndose del aforismo que dice: as y dos, una de las dos; salía de su casa, y si sus distracciones le consentían recordar, no ya el antiguo amor que á su mujer profesara, sino las reglas de la cortesía, despedíase de ella, diciendo: «Me retiro y no juego, que sota en puerta, siete á la vuelta.»

Acabáronse para siempre las dulces ternezas de Manolita y Pascualito, las frases aquellas de: «Qué felices somos, Pascualito! Manolita, qué felices somos!» se convirtieron en silencio ó aburrimiento, en bostezos ó hastío, en agrias disputas y en palabras duras, que amenazaban tempestades, con lluvias de platos y granizadas de fuentes, y la desdichada Manolita preguntaba á todos los santos de la corte celestial, cuál era la causa de los desvíos, malos humores y desigualdades de carácter de su amantísimo Pascualito, y á sus preguntas hacían los santos oídos de mercader.

– Dios mío, dijo un día la infeliz Manolita, acudiendo á última instancia; ya nadie me escucha; mi marido me abandona; acudo á los santos, al cielo, y no me oyen, y si lo hacen, me oyen como quien oye llover. A tí, pues, ¡oh Señor mío! acudo; dime cuál es el motivo de mi desgracia! ¿qué he hecho, qué pecado he cometido para que mi Pascualito no cante conmigo aquellos duos de amor? Yo le amo lo mismo ó más que antes, y él, él...

Él, mientras su mujer rogaba á Dios, vendía primero sus fincas, y después tomaba dinero sobre los bienes de la dote de la que al cielo acudía pidiendo la explicación de su infelicidad.

Mas al fin, tanto y tanto suplicó, y hasta pudiera decirse importunó al cielo, que sus ruegos fueron oídos y supo al fin la causa de sus males.

Y fué esto del modo que á relatarse va: Comían una tarde marido y mujer, reinaba entre ellos la paz, pero no la paz bonancible y que produce felicidad, sino la paz que causa la indiferencia.

Reinaba el silencio.

Callaba Manolita porque se sentía triste.

Callaba Pascualito porque su pensamiento hallábase muy lejos de allí.

Distraído le tenían ciertas jugadas que aquel mismo día había presenciado: «Si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído! ventiún reyes á la izquierda, en el gallo, y venir todos! ¡Qué jugada he podido hacer! pero maldita suerte la mía! siempre llego tarde, vine á enterarme una talla antes de la quiebra.»

Ensimismado en estos pensamientos estaba, sin darse cuenta de lo que comía, y gran dosis de distracción se necesitaba, pues la carne que estaba comiendo, sobre estar quemada y requemada, no tenía ni pizca de sal. Manolita, que no pensaba en los veintiún reyes á la izquierda, ni nada distraía su imaginación, dióse cuenta de lo enferma que aquella carne estaba, y ya que no podía remediar lo de requemada, quiso evitar lo de sosa, y suplicó á su marido le aproximase el salero.

Pascual, cogiendo el salero de la manera que se coge la baraja, dijo, pasándoselo á su mujer:

– ¿Quién corta?

Manolita, que no ignoraba el vicio que había dominado á su marido cuando era soltero, halló la explicación de los desvíos, distracciones y malos humores de su Pascualito en aquella frase.

Si antes los cielos escucharon sus súplicas y oraciones, luego los santos y el mismo Dios debieron necesitar ponerse tapones de algodón en sus oídos para que no los aturdieran los gritos y exclamaciones que la dolorida esposa lanzara.

Aquello ya no fué casa, aquello fué un infierno; mas Pascualito ni se enmendaba ni se arrepentía.

Muy al contrario, notó que cuando su mujer regañaba, la suerte le favorecía, cuanto más gritaba su mujer más inspiración tenía, así que cuando ella mostrábase pacífica él buscaba motivo de querella.

Así regañando, regañando, logró Pascual recuperar lo que antes perdiera, y aun á ganar alguna cantidad.

Tanto se había habituado el matrimonio á estar en perpetua guerra, que no sabían vivir si no reñían. Todas las cosas en el mundo tienen su fin lógico. Aquellas riñas que de palabra comenzaron, pasaron á vías de hecho.

Un día, vergüenza da escribirlo, irritado Pascual llegó... si parece que la pluma se niega á escribirlo! llegó á dar á su señora un sonoro cachete.

Arrepentido, confuso y avergonzado, viéndose el más miserable de los hombres, salió precipitadamente de su casa, dejando en ella á la infeliz Manolita con lágrimas en los ojos, un cardenal en la cara y sangre en el corazón.

Llegó Pascual al Casino, subió á la sala del crimen y se entregó al vicio, más por olvidar su cobarde acción que por el vicio mismo.

Tal vez sería castigo del cielo, pero aquella tarde la suerte le fué contraria y perdió una regular cantidad.

No le hizo mella la pérdida aquella tarde.

Llegó la hora de comer y no se atrevía á volver á su casa. Decidióse al fin y á ella volvió, y entró en el cuarto de su mujer con las orejas gachas, humilde como un corderito y sinceramente arrepentido.

No hace al caso describir la escena de reconciliación que á los pocos días hubo entre marido y mujer; el caso es que la reconciliación se hizo, y por algunas semanas fué la casa un paraíso, y aun de vez en cuando llegaron á oirse aquellos:

– ¡Cuánto te quiero, Manolita!

– ¡Pascualito, cuánto te quiero!

No debo olvidar tampoco que á este antiguo duo no le faltó el debido acompañamiento de besos y otros mimos.

Si tras de la tempestad viene la calma, forzosamente tras de la calma ha de venir la tempestad, y como forzosamente ha de ocurrir esto, tras de la calma que gozaban los esposos de mi cuento, vino la tempestad.

Desde el día en que Pascual, dejándose llevar de la ira y olvidando que nació caballero, dejó caer su pesada mano sobre el delicado rostro de su mujer, su culpable mano parecía estar maldita. Dinero que con ella jugaba, era dinero perdido. Y no le valió cambiar de mano. Como la enfermedad que un ojo sufre suele por simpatía trasladarse al otro, la maldición de una mano pasó á la otra.

Aquella tenaz mala sombra produjo sus consecuencias naturales.

Pascual se despertaba murmurando, almorzaba regañando, renegando comía y se acostaba maldiciendo.

Manolita llegó á escuchar con indiferencia las maldiciones de su marido; tanta es la fuerza de la costumbre.

Un refrán dice que todo se pega menos la hermosura, y esta verdad del refrán fué una prueba evidente. Ella, que nació dulce como la miel y suave como la seda, hízose amarga como el acíbar y áspera como un cardo setero.

En un principio lloraba al escuchar las durezas é imprecaciones de su marido; después á palabras fuertes hizo oídos sordos, y andando el tiempo contestaba á las palabras desabridas con frases duras, á los agravios con insultos, á los insultos con injurias, y á las amenazas con desprecios.

Mas no fué aquel el último término de aquella progresión creciente, cuya *razón* era la sinrazón de Pascual; las pérdidas de éste llegaron á ser tan considerables que vióse algunos días en situación muy apurada para atender á los gastos de su casa.

Cierto día en que se vió en uno de esos momentos de apuro, pidió á su mujer sus alhajas para llevarlas al Monte de piedad y jugar sin piedad al monte lo que por ellas le dieran. Manolita se negó á entregar sus joyas, y esta negativa ocasionó entre los esposos una tremenda reyerta, que terminó en descomunal batalla.

Pascual rogó primero. Manolita no atendió á su ruego. Ordenó después el marido y sus órdenes fueron desobedecidas; gritó y como si callara; amenazó, y apenas había amenazado, la mansísima Manolita, la que fué paloma sin hiel, convirtióse en temible pantera, y alzándose sobre las puntas de sus pies, soltó tan tremenda bofetada sobre la mejilla derecha de su marido, que este entre asombrado y dolorido, cedió á la fuerza de aquel argumento contundente, y dando por terminada la cuestión, salió de su casa dirigiéndose hacia el Casino.

En el camino vió con alegría que tenía en su bolsillo del chaleco unos duros que ignoraba poseer.

Bastantes meses hacía que Pascual no ganaba al juego ni un solo día.



¡AL FIN! Acuarela de G. Muzzioli, grabada por E. Mancastroppa



MIGUEL ANGEL JUNTO AL CADÁVER DE VICTORIA COLONNA, cuadro de Francisco Jacovacci



EL TIRADOR DE CUCHILLOS, copia fotográfica del cuadro de A. Lonza

(Exposición Internacional de Munich, 1888)

La tarde en que recibió la bofetada y en que encontró aquellos duros de que era poseedor sin saberlo, tuvo una barbaridad de suerte, como él decía.

Sin desacertar una sola carta, aquellos duros que no pasaban de cinco, se convirtieron en veintitrés mil reales y pico, que fueron maravillosa medicina que le hizo hasta olvidar que recibiera una bofetada de su esposa.

Mas poco duradera fué su alegría.

Aquella *barbaridad* de suerte no se repitió.

Al siguiente día volvió la mala sombra, y al siguiente la mala se hizo peor, y en los sucesivos se convirtió en pésima.

Pascual se devanaba los sesos buscando la causa de aquello.

Eureka, dijo un día; ya sé lo que es. Gané el día en que mi mujer me dió la bofetada de buena sombra. Es preciso ganar aunque me cueste quedarme sin mofletes. Mas si digo á mi mujer que me pegue, nada conseguiré; entonces ya no hay azar. Ha de abofetearme sin saber que lo deseo. Yo haré que así sea. Meditó un plan y en seguida empezó á ponerlo en práctica.

Fué en busca de su mujer, y con un pretexto cualquiera, quiso promover cuestión.

Manolita mirándole y sonriendo graciosamente dijo:

– Has perdido á la timba y tienes ganas de reñir, pues yo estoy de muy buen temple. Me voy de paseo, hasta luego! Y diciendo esto dejó á Pascual que estiraba la *gaita*, mientras la dirigía los mayores insultos. Manolita estampó un beso en la mejilla que le presentaba su marido y se fué.

Esta ó parecida escena se repitió durante muchos días.

Pascual acudió á cuantos recursos le sugería su inventiva para exasperar á su mujer y ganarse una bofetada ó dos; mas todo inútilmente, su mujer tenía sangre de horchata.

Se fingió celoso y Manolita, para no disgustarle, ni salía de casa ni se asomaba al balcón.

Pidió un día sus alhajas para empeñarlas y ella le dijo dándoselas: – Toma, cuanto hay en casa es tuyo.

En su afán de verse abofeteado, abofeteó Pascual á su mujer, pero ésta entre suspiros y lágrimas, al recibir una bofetada, dijo á su marido:

– Imitaré el ejemplo que nos dió Jesucristo, pega en esta otra mejilla; y al decir esto presentaba aquella en que no había sido abofeteada.

– También yo imitaría esa conducta, exclamó Pascual, pero soy tan desgraciado que...... no hay de qué.

Al fin un día tocó Pascual la fibra sensible de su mujer; sin buscar la bofetada se la ganó.

Regañaba el matrimonio y Pascual, movido por la ira y sin pensar en su proyecto, infirió una gravísima injuria á su suegra.

Manolita entonces sintió que hervía su sangre; alzó su blanca mano y sacudió á Pascual un sopapo de los de cuello vuelto. – Ah! gritó Pascual, gracias, gracias, ¡qué felicidad!

Y cogiendo precipitadamente su sombrero, echó á correr con toda la fuerza que le permitían sus piernas.

Manolita se quedó estupefacta. – ¿Se habrá vuelto loco? pensó.

Algunas horas después volvió Pascual á su casa con el carrillo hinchado y sin un cuarto en el bolsillo.

No había logrado ganar más que la bofetada por que tanto tiempo suspiró.

Carlos Quevedo.

LOS GEMELOS

– Tadeo! Tadeo! alégrate, hijo del alma, que ya soy abuela por segunda vez. Tu mujer salió ya de su paso.

– Y ¿qué es; chico ó chica?

– Lo que tú querías, chico.

– Chico! Muy hermoso? Muy grande?

– Como un comino, no he visto en mi vida cosa más menuda; si parece una muñeca!

– Ya crecerá, madre, ya crecerá y haremos de él el primer hombre de España. Si su padre es un pobre tornero, él será abogado, ó médico, ó general, ó...

– Obispo, pongo por caso.

– ¡Un demonio! obispo no, prefiero que sea torero; me gustan más los volapiés que las bendiciones. Pero déjeme V., déjeme que le vea y que me coma á besos á mi Anselma. ¡Un chico! Ya tengo un chico.

– *Señá* Tomasa! *señá* Tomasa! corra V. que su nuera está otra vez con los dolores; que es alegría doble. Una parejita. ¡Otro chico, otro chico!

– Otro! ¡Canastos! Por eso es tan chiquitín, dijo la señá Tomasa.

– Dos, dos, dijo Tadeo. Vaya, con uno bastaba, pero, en fin, cuando Dios los da, El se sabrá porqué.

Sostenían esta conversación, la señá Tomasa, mujer de gran estatura, de abundantes carnes y anchuras extremadas, abultado pecho, que por todas partes protestaba de la tiránica opresión de descomunal corsé, manos y pies grandes, grandes los ojos, grande la boca, y para qué continuar detallando si basta decir que la señá Tomasa todo lo tenía grande y sobre todo, como ella misma decía, el alma, el corazón y los *reaños*, que yo lo mismo me quito de la boca un *peazo* de pan, *pa* dárselo á alguien que sea más *probe* que yo, que le pego una *gofetá* al que se meta conmigo, así sea un espulga perros! (Debe advertirse que con el nombre de espulga perros designaba la señá Tomasa á los municipales.)

Tadeo era digno hijo de su madre; como ella, tenía estatura gigantesca, mas lo que en la señá Tomasa eran carnes que se desbordaban, en él eran músculos que se contraían, manojos de nervios como cuerdas de contrabajo.

Si la naturaleza no hubiera levantado barreras infranqueables entre las distintas especies de animales, puede asegurarse que el elefante se hubiera enamorado de la hormiga, y ésta pasara su vida lanzando tremendos suspiros de amor por aquél, y sus sueños de enamorados y sus dulces esperanzas y sus deseos y sus anhelos de doncella, fueran verse acariciada por la trompa del inteligente elefante. Y es que ama todo ser, aquello de que carece. Las aves, que rápidamente cruzan el espacio, ¿no habrán envidiado en ocasiones la marcha lenta de la calmosa tortuga?

Desea el adolescente á la jamona; gusta al viejo la mujercita de quince años; la rubia lánguida, delicada, de grandes ojos azules y de cuerpecillo que amenaza quebrarse al menor soplo del viento, sueña y ansía que aquel su finísimo cuerpo sea vigorosamente estrechado por los nervudos brazos de un hércules, negro como tizón, de crespa y fuerte barba, de pronunciados labios y de pecho ancho como el de Neptuno, según Homero, y fuerte como tronco de encina.

Es el contraste la ley de la vida: obedeciendo á ésta ley Tadeo, el colosal y gigantesco Tadeo, enamoróse de la liliputiense Anselma, que era un escrúpulo de mujer, un manojillo de nervios, una cara en la que no se veían más que unos ojazos hermosos, microscópica nariz, y carnes que cubrieran aquellos huesos tan delicados que parecían ternillas, diéralas Dios, que gran falta hacían.

El inmenso corpanchón de Tadeo servía de estuche á un alma cándida, sencilla, de niño grande; un alma todo debilidades, un espíritu que á voces pedía ser dominado para lograr la felicidad.

El mezquino cuerpo de Anselma guardaba en su respectivo almario, un alma dominante, enérgica, incapaz de doblegarse ante nada ni por nadie, dura como el diamante, y con tales dotes de mando que á haberse alojado en el cuerpo de Tadeo, fuera éste el mejor general que en el mundo hubiese habido.

Existiendo tan marcadas diferencias entre Anselma y Tadeo, ¿cómo ha de parecer extraño que éste buscara á aquélla, como la electricidad vítrea busca á la resinosa? Uniéronse pues aquellas dos electricidades de distinto nombre y la primera chispa, es decir la primera hija que tuvieron, dejando de emplear metáforas y símiles, fué un retrato del padre; la misma fuerza y vigor en el cuerpo dado su sexo, la misma debilidad en el alma. Serafina, que así se llamó la niña, nació sin duda en día aciago. Por ser hembra, no la amaba su madre con todo el amor que á una hija debe su madre; por ser vigorosa de cuerpo y débil de alma, la amaba el padre, mas sin sentir por ella idolatrías. Durante los primeros años de su vida, Serafina no vió en sus padres falta de cariño, pero sintió que el que la profesaban no era ardiente, no era entusiasta, era un cariño al que algo faltaba; pudiera decirse, simbolizando y materializando la idea, que era un copo de nieve que encerrara en su centro una chispa de fuego.

El instinto que tienen los niños para conocer á las personas que les aman, dijo á Serafina que en el corazón de su abuela la *señá* Tomasa no había nieve para ella, sino que todo era fuego, y huyendo del frío que junto á sus padres sentía, su alma buscaba el dulce calor del entrañable cariño de su abuela. La señá Tomasa, para idolatrar á su nieta no obedecía á la ley de los contrastes, sino á otra que tiene más fuerza, la ley de la naturaleza que hace amar á los nietos con cariño doble, que por eso se ha dicho que el ser abuela es ser dos veces madre.

Encolerizábase la *señá* Tomasa cuando veía la indiferencia con que era Serafina tratada por sus padres, y cuando con cualquier motivo manifestábase más aquella indiferencia, desataba su lengua y era de oir entonces lo que por aquella boca salía.

¡Qué de ternezas, dulzuras, cariños y mieles para su nietecita y qué de interjecciones y palabrotas fuertes para sus hijos!

– Pero ese comino asqueroso de mi nuera, decía, y ese brutazo mulo de mi hijo, ¿qué querrían que les hubiese dado el cielo? Habráse visto si son... No querer á este ángel de Dios; y no la quieren, no; ¿qué han de querer si son un par de mulas? Si es que no se merecen una joya como esta; alegría de mi alma, más hermosa que el sol y buena como un pan. Hija de mi vida, corazón de tu abuela, reina de mi casa y luz y niña de mis ojos. ¡Brutos! salvajes! – Y mientras esto decía cubría el rostro de Serafina de apretadísimos y sonoros besos. Sonreía la niña, acariciaba con sus manecitas la cara de la *señá* Tomasa y devolviendo beso por beso y caricia por caricia decía:— Abuelita, abuelita, no te *intomodes*, si yo te *tiero* mucho y á papá y á mamá mucho también, pero á tí más, abuelita; veldad que á tí te *tiero* más? y tú á mí mucho, mucho, mucho?

– Hija mía! exclamaba entonces la *señá* Tomasa, estrechando á la niña fuertemente contra su pecho, y concluía la escena con benéfica lluvia de lágrimas, que caía sobre Serafina desde los ojos de su abuela.

Seis años tenía Serafina cuando, con gran alegría de Tadeo, sintió su mujer señales ciertas de que nuevamente iba á ser madre.

Marido y mujer deseaban que fuera varón lo que al mundo viniera, y como ya se ha visto, vieron realizados sus deseos por partida doble.

Pedían un niño y el cielo les envió dos.

Durante la preñez de Anselma, cuando la *señá* Tomasa oía que su hijo y su nuera hablaban con delicia del niño que esperaban naciera, encolerizábase y poníase iracunda como nadie, diciendo:

– Si pensarán estos que lo que nazca ha de parecerse siquiera á mi Serafinita! Quiá; que se limpien! Y *pa* qué querrán estos, chicos? *pa* quererlos como á la niña. Pues nacerá un esperpento y yo no he de quererlo. ¡Ay! como nazca chico y por el monigote olviden aun más á mi ángel de Dios, le retuerzo el pescuezo y me llevo á Serafina y ya no la ven, que no son *dinos* de ella. *¡Mía* tú que siempre ha de dar Dios moquero á quien no tiene narices!

Así se explicaba la *señá* Tomasa hasta el día en que nacieron los gemelos, pero en cuanto los monigotes vinieron al mundo, ella que pensó que odiaría al muchacho, ó al menos no podría quererle, porque su corazón estaba lleno y saturado del cariño á Serafina, lloró de alegría cuando vió en sus brazos á aquel par de muñequillos, menudos como cominos, rojos como cerezas y lindos como querubines.

– Mi corazón es de goma, decía la señá Tomasa; le tenía *too* lleno con el cariño de mi niña, pero tan lleno, tan lleno, que creí que no podría querer á un muchacho y ahora resulta que quiero á dos, pero cómo los quiero, Dios mío! Pobreticos, si son tan remonos!

No sintió celos Serafina al ver que su abuela prodigaba á sus hermanitos las caricias que fueron antes sólo para ella, sino que por el contrario ayudó á la *señá* Tomasa en la tarea de decir ternezas y palabras como miel á los gemelos.

Hermoso cuadro formaban la abuela teniendo en sus brazos á uno de los niños que sobre ella aun parecía más chiquitín, y la nieta sosteniendo al otro y acariciándole y besándole mientras le llamaba: *Riquín! Mono! Pichoncito!*

Bautizaron á los niños y les llamaron: Anselmo á uno é Inocencio al otro.

La madre no podía criar á los dos y se decidió, en consejo de familia, dar uno para que lo criasen en un pueblo próximo á Madrid. Esta decisión tomóse prontamente, pero al llegar á resolver cuál de los dos niños quedaría en casa y cuál había de ser enviado fuera, promovióse viva discusión.

Anselma desde el primer momento del nacimiento mostró preferencia por aquel á quien había puesto su mismo nombre y de plano decidió que ella criaría á Anselmito. No se opuso Tadeo, pues no encontró razón para ello, mas la *señá* Tomasa no fué de la misma opinión.

– ¡Caramba con la mujer! decía; yo ya sé que uno de los dos ha de ir fuera, pero eso de que ella sin dudar ni un momento diga: yo me quedo con este... ¿Es uno hijo de Dios y el otro del diablo? ó es que uno tiene estrella en la frente y el otro pata de burro? Yo no quiero preferencias: vaya uno; pero designe la suerte quién ha de ser. No elija la madre demostrando que uno ha de ser el querido y mimado y el otro correr la suerte de mi Serafinita.

Tres horas largas duró la cuestión entre suegra y nuera, sin que ni una ni otra se dieran por convencidas.

– La baraja lo dirá, decía la *señá* Tomasa: á aquel á quien le toque el as de oros que se quede y...

– Déjese V. de brujerías, interrumpió Anselma; Anselmo nació antes, es el mayor y debe quedarse.

– Pues Inocencio es el pequeño, y el más delicado, y el que más cuidados necesita y debe quedarse.

– Pues se hará mi santísima voluntad: ¡ea! que yo soy su madre.

– Y yo soy su abuela, y si me apuras mucho, cojo á Serafinita y á los dos muñecos y me voy, y yo los querré á los tres iguales y buscaré una cabra que tenga leche para los dos y... No pudo continuar porque el llanto la ahogaba.

– Vaya, madre, no diga V. tonterías. Anselmo se ha de quedar y lo demás es ganas de chillar por no estar callada. Tan grande como es V. que parece un castillo y siempre está V. con las lágrimas fuera.

– Querrás que todas seamos como tú, que tienes los ojos más secos que el río de mi pueblo en verano y el alma más dura que la peña de la Mola, que según en el pueblo dicen, mil hombres con otros tantos martillos no pudieron partirla?

Así continuó la discusión hasta que aparentemente cedió Anselma y convino en que la suerte designaría cuál de los dos niños había de quedarse, pero diciendo para sus adentros, que si la suerte era contraria á Anselmo no respetaría su fallo y haría su voluntad aunque para ello fuera preciso reñir con su suegra y con su marido y con el mundo todo.

Satisfecha la *señá* Tomasa porque al fin se imponía su voluntad, corrió á comprar en una tienda cercana una baraja y volvió con ella diciendo:

– Dios dirá quién debe quedarse.

Hallábase Anselma aún en la cama, teniendo en ella á los dos niños.

La *señá* Tomasa separó de la baraja el rey de oros y el de espadas y colocándolos sobre una mesa dijo señalando al de oros: este será Anselmo y este otro Inocencio. Después barajó muchas veces el resto de las cartas y llamando á Serafina dijo:

– Corta, hija, con la mano izquierda y dí por quién empiezo; por Anselmo ó por Inocencio?

– Por Inocencio, dijo la niña, que es el más chiquitín; y al decir esto dividió en dos montones la baraja.

Con gran emoción comenzó la *señá* Tomasa á decidir la suerte de sus nietos. Inocencio, Anselmo, Inocencio,

Anselmo, decía mientras iba echando una carta en cada montón. A la mitad de la baraja próximamente, el as de oros cayó en el montón de Anselmo.

– ¿Lo ve V., madre? dijo Anselma y en su cara se reflejó una gran alegría.

– Bueno, dijo la abuela, ahora ya estoy contenta; – mas su cara no dió señales de que tal contento fuera cierto, sino por el contrario, no pudo disimular cierto disgusto.

En aquel instante uno de los niños comenzó á llorar.

– ¿Cuál de los dos llora? preguntó la abuela.

– Anselmo, respondió la madre.

– ¡Ah pillo! replicó la *señá* Tomasa levantando la sábana para contemplar á sus nietos. A caballo y gruñes, tunante! mira este pobrecito Inocencio, qué bonachón! ¡Angelito! ni siquiera adivinas que te espera una gran pena, ni te quejas, ni lloras y van á separarte de tu madre.

– ¿Se lo van á llevar? interrumpió Serafina, yo no *tiero*, yo no *tiero* que se lleven á mi *helmanito*.

Acalló la *señá* Tomasa el llanto de su nieta, cogió á Inocencio en sus brazos y con él y Serafina fuése á otra habitación. El niño seguía durmiendo, su abuela y su hermanita le contemplaron durante largo rato. Serafinita, cansada por el llanto, durmióse también á los pies de su abuelita, apoyando su linda cabecita junto al cuerpo de su hermano. Así transcurrió una hora. ¿Quién sabe lo que durante ella pensaría la *señá* Tomasa? No debía ser muy alegre cuando lágrimas se desprendían de sus ojos. Sobre el sonrosado rostro de Inocencio cayó una lágrima que pareció una gota de rocío sobre el tierno capullo de una rosa.

Al siguiente día lleváronse á Inocencio á Pinto para que lo criase una pobre mujer que días antes había visto morir á su hijo.

Serafina al ver que se llevaban á su hermano comenzó á llorar de tal manera, que fué preciso prometerla que al siguiente día iría ella con su hermano.

– Pero es que yo *tiero* tener á los dos, decía la niña, *polque* yo *tiero* á los dos, á los dos nenes.

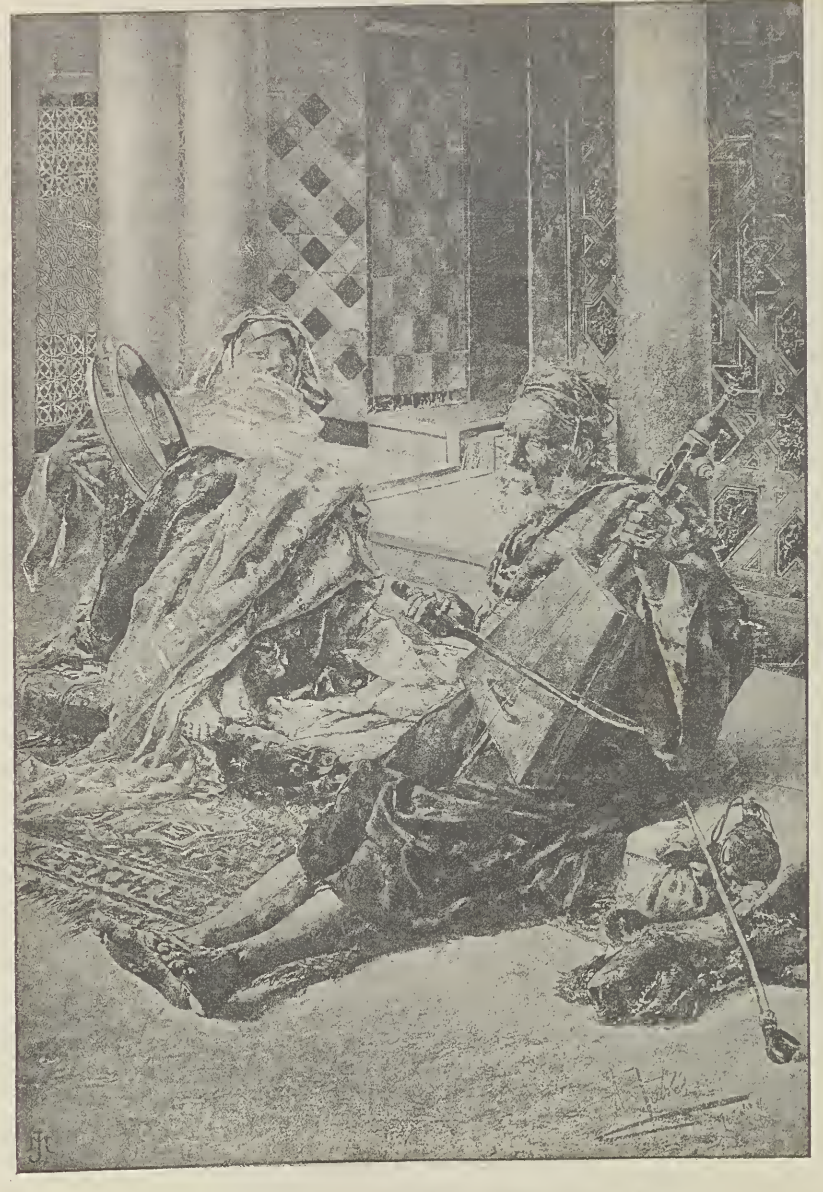
– La hija da ejemplo á la madre, pensaba la *señá* Tomasa.

Pasaron cinco años.

La *señá* Tomasa había muerto de una congestión cerebral.

Serafina se había quedado huérfana de cariño.

Su madre no maltrataba su cuerpo, pero ¡ay! laceraba su alma con una indiferencia hacia ella inexplicable, pues la niña tenía todas las bondades y todas las bellezas imaginables.



EN EL PATIO DE LA ALHAMBRA, cuadro de A. Fabrés

En el alma de Anselma no había delicadezas, ni cariño, ni debilidades más que para Anselmo. A pesar de esto Serafina no sentía envidia, ni mucho menos odio, por su hermano. Señal cierta de lo angelical de su alma, pues el niño sin ser malo tenía todas las impertinencias de los niños mimados con exceso. Tiranuelo de cinco años mortificaba á su hermana, que le servía de niñera, y ¡ay de ella si el niño profería alguna queja! Si Anselmo deseaba jugar, Serafina había de jugar por fuerza; si lloraba el niño había de acallarle, si deseaba dormir había de acostarse con él y estarse en la cama, inmóvil y casi sin respirar para que Anselmito no se despertara, y á pesar de esto, Serafina adoraba á su hermano, pero le adoraba con adoración mezclada de respeto, considerándole como si fuera un ser superior.

Por esta época Tadeo exigió que volviera á casa Inocencio.

Recibióle Serafina con grandes muestras de cariño y también su madre, mas muy pronto cesaron por parte de ésta los agasajos de los primeros días.

Inocencio echaba de menos á su ama de cría y lloraba sin cesar. Su llanto exasperaba á la madre.

– Este chico no me quiere, – decía. ¡Y cómo había de quererla, si cuando alguna caricia recibía, decíale al instante que se la otorgaba porque el deber, mas no el verdadero amor lo ordenara!

Anselmo, que todo lo poseía en aquella casa, recibió á Inocencio como á un intruso que fuera á arrebatarle algo. Cuando la madre por compasión acariciaba al aldeano, como llamaban á Inocencio, Anselmo sentía terrible envidia, que su madre consolaba apartando á Inocencio y dando á Anselmo ruidosos besos y cuanto se antojaba al tiranuelo.

Serafina vino á ser la manzana de la discordia entre los dos hermanos y la víctima de los furores de su madre.

Si envidia y celos sentía Anselmo cuando su madre acariciaba á su hermano, mayor era su ira porque, según pensaba, Serafina quería más á Inocencio y jugaba más con él.

El pobre aldeanito, parece que llegó á comprender su situación y ahogó sus lágrimas, pero ya casi nunca sonreía. Por su hermana sentía entrañable cariño y sin embargo alejábase de ella y hasta parecía mostrarle desvío.

Un día Serafina, triste, muy triste, con los ojos humedecidos, le preguntó en un momento en que se hallaban solos:

– Dí, Inocencio, ¿no me quieres?

– Sí, *helmanita*, te *tiero* mucho, mucho, mucho, *pelo* no me beses delante de Anselmo ni de mamá.

Cuando llegaban las horas de comer, temblaba el pobre Inocencio; por cualquier cosa que hiciera reñíale su madre con tal dureza, que ya ni á comer se atrevía. La irritación de la madre fué creciendo hasta el punto de que el niño apeló al recurso extremo de no comer.

Un día Inocencio se negó en absoluto á probar bocado.

– Pero ¿qué te pasa? le preguntó la madre.



KADRA SAFA, cuadro de Federico Stahl

El niño guardó silencio.

–¡Ay Dios mío! este chico me va á matar á disgustos. Condenado! pillo! coge tu plato y vete á comer al infierno.

Inocencio sin replicar una palabra y con los ojos bajos cogió su plato y se fué á comer detrás de la puerta de la cocina. Al poco rato Serafina pidió permiso para ir á acompañarle y su madre se lo concedió diciendo:

–Sí, vete, ve á ver si le pasa algo.

Inocencio la recibió sonriendo y le dijo:

–¿Vienes á *comel* conmigo, *helmanita*? ¡qué gusto! dame un beso *ahola* que no nos ve Anselmo.

Desde entonces aquel sitio fué el comedor de Serafina é Inocencio.

Los dos hermanos hicieron una especie de pacto: durante el día, Serafina no demostraba su cariño inmenso á Inocencio, pero cuando la noche llegaba y todos dormían, el niño pasábase á la cama de su hermana y abrazados se dormían y soñaban juntos que su madre los adoraba como á Anselmo.

Una mañana Inocencio apareció enfermo y con síntomas de sarampión. La madre apresuróse á llevar á Anselmo á la casa de una amiga para evitar el contagio. Quiso también llevar á Serafina, pero ésta se opuso y consiguió su deseo porque ya había pasado la enfermedad.

Durante tres días fué feliz Inocencio: su hermana no se separaba ni un instante de su lado y podía sin temor alguno manifestarle su cariño. A los tres días se declaró una difteria tan terrible que á las pocas horas murió Inocencio.

La última frase que en su delirio pronunció fué:

–Sí, *helmanita*, te *tiero* mucho, mucho, mucho, pero no me beses delante de Anselmo ni de mamá.

Para entretener á Inocencio durante su corta enfermedad habíanle dado una baraja, la misma que sirvió para decidir que fuera él quien saliera de su casa.

Serafina recogió días después aquella baraja y vió que faltaban dos cartas que Inocencio había roto, el rey de espadas y el as de oros.

RICARDO REVENGA.



LA EMPERATRIZ TERESA DEL BRASIL † en 28 de diciembre de 1889

EL FERROCARRIL INCLINADO

DEL MONTE PILATOS (SUIZA)

El éxito asombroso conseguido por el ferrocarril del Righi movió á los ingenieros y capitalistas suizos á escalar otra montaña, fijándose desde luego en el Pilatos, que como aquél se alza junto al lago de Lucerna y desde el cual se domina un panorama más vasto é interesante que desde el primero. Comprendiendo que la cremallera del Righi no ofrecía bastante seguridad, dadas las espantosas tormentas que á veces se desencadenan en el Pilatos y dado que se trataba de una pendiente media de 36 por 100 y de 48 por 100 como máxima, estudiáronse varios sistemas de cremalleras verticales y se vió que este modo de explotación era algo peligroso. Entonces se adoptó el propuesto por el coronel Eduardo Locher análogo al antiguo ferrocarril Fell del Monte Cenis y consistente en ruedas dentadas que engranan con una doble cremallera con dientes laterales: esta cremallera se compone en realidad de dos cremalleras verticales adheridas por su cara posterior á un rail central formado por un hierro Zorés.

La distancia vertical que separa á Alpnach (punto de partida) de la cima del Pilatos es de 1,634 metros; la longitud de la vía es de 4,295, divididos en 2,215 en secciones de línea recta y 2,080 en curvas, cuyo radio varía desde 80 á 100 metros; la anchura de la vía es de 80 centímetros. El trazado sigue en lo posible los accidentes del terreno y no hay como obras de fábrica más que un viaducto y varios túneles; á causa de la gran pendiente el balastro ha tenido que ser reemplazado por mampostería cubierta de baldosas de granito en las cuales están ajustadas las traviesas de hierro en T sujetas por fuertes pernos que sostienen los rails.

La cremallera es de acero Martín y está formada por piezas de 3 metros de longitud y los hierros Zorés sobre que descansan van fijos á otras traviesas en T ajustadas á la mampostería. La diferencia de temperatura (–20° en invierno y +40° centígrados en verano) ha sido tenida en cuenta en la colocación de los railes y de la cremallera y los resultados hasta ahora obtenidos son satisfactorios.

El juego de ruedas dentadas horizontales y, por ende, con el eje vertical se compone de dos pares de éstas, uno colocado en la parte baja donde va la máquina y otro en la parte alta del vagón: el primer par sirve de fuerza motriz, el segundo de fuerza directriz y en caso necesario de freno. Para asegurar el engranaje de las ruedas motrices hay dos ruedas horizontales fijadas en los ejes de las mismas que abrazan la *longrina* de hierro Zorés, que sostiene la cremallera, y que por ambos lados están en contacto con las paredes verticales de esa longrina.

Como la adherencia no entra para nada en el arrastre del tren, el peso del motor dejaba de ser un factor de la fuerza de tracción é interesaba, por lo mismo, reducir todo lo posible la carga que debía arrastrarse. A este efecto la locomotora y el vagón de viajeros están dispuestos en un mismo armazón; el motor ocupa la parte baja y en cuanto á la caldera, á fin de evitar los peligros de una diferencia de nivel del agua, va colocada perpendicularmente al eje de la vía: su longitud es de 2'02 metros, la superficie de calefacción de 20 metros cuadrados y la presión de 20 atmósferas; el diámetro de los cilindros es de 228 milímetros, y la longitud recorrida por los pistones de 30 centímetros. El vehículo vacío pesa 5.700 kilogramos, y con su carga completa, es decir con 32 viajeros, el conductor y dos maquinistas, 10 toneladas y media: su longitud total es de 10'40 metros, su anchura máxima de 2'20, la distancia entre los ejes de 5'20 y la velocidad media de 3'6 kilómetros por hora.

Estos coches han sido construídos por la «Sociedad Suiza para la construcción de locomotoras y máquinas» de Winterthur, que tenía expuesto uno en la última Exposición Universal de París. El vehículo descansa sobre dos ejes y sólo va fijado en el centro del de delante: la parte destinada á los viajeros está dividida en cuatro compartimentos de ocho asientos cada uno y el suelo y los asientos están dispuestos de modo que los viajeros permanezcan siempre en una posición horizontal.

Los dos pistones de la máquina accionan directamente sobre un árbol con manivelas, que da 180 vueltas por minuto y que por medio de un engranaje hace girar la rueda central de un erizo montado sobre un árbol auxiliar. A cada lado de la rueda central el erizo se completa por medio de una rueda de ángulo que engrana con una rueda cónica ajustada al eje vertical de la rueda motriz correspondiente que á su vez engrana con la cremallera. Estas ruedas de ángulo del erizo no forman una sola pieza con la rueda central sino que giran libremente sobre el árbol, pero cuatro clavijas móviles las obligan á seguir la rotación de la rueda central. Gracias á este sistema se compensan las diferencias de trayecto que en las curvas se presentan entre la parte de cremallera interior y la cremallera exterior y las dos ruedas motrices trabajan por igual.

En este ferrocarril se han multiplicado las precauciones para la mayor seguridad de los viajeros, pues además de los frenos (uno de aire comprimido y dos á mano), hay un sistema automático que obra por rozamiento sobre las dos ruedas dentadas superiores cuando á la bajada la velocidad excede de 1'30 metros por segundo; y para los casos de tempestad violenta hay unos grifos que pueden clavarse en los rebordes de los railes é impedir que el viento levante el tren.

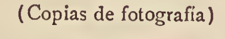
La línea ha costado 2.050.000 francos, material inclusive, y ha sido construída por secciones ascendentes que se terminaban por completo antes de comenzar la siguiente sirviendo los trozos terminados para el transporte de materiales.

El ejemplo de este ferrocarril, como el del Righi, del Vesubio y otros, demuestra que gracias á los progresos de la ingeniería y á los adelantos de la metalurgia no se vacila actualmente en acometer empresas que en otro tiempo se habrían calificado de irrealizables. En materia de ferrocarriles inclinados, especialmente, puede decirse que ya no existen obstáculos y que en día no muy lejano no habrá una sola montaña, un solo pico por elevados que sean y con tal que ofrezcan algún interés, que no sean escalados por una de estas pequeñas vías férreas.

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Vista del ferrocarril del Pilatos. – Paso de la *Matalp.*



(Copias de fotografía)

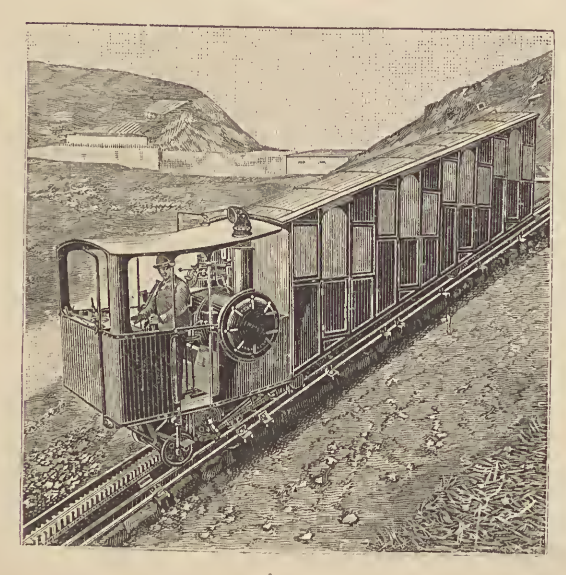


Fig. 3. – Locomotora y vagón del ferro carril del Pilatos.

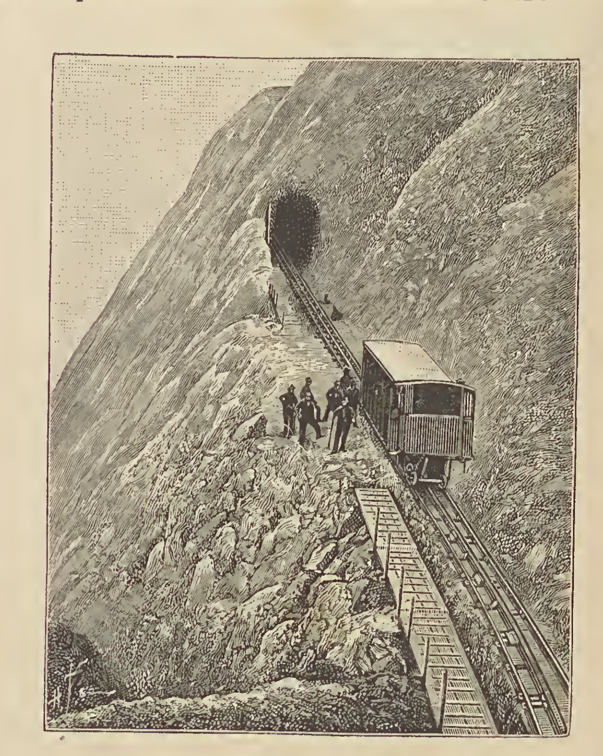


Fig. 2. – Ferro carril del Pilatos. – Entrada del segundo túnel.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN